

LAS OCUPACIONES Y LOS OFICIOS DE MI CUADRA



PACHE

Las ocupaciones y los oficios de mi cuadra

SILVESTRE ANTONIO SÁNCHEZ MENESES
Médico cirujano anesthesiólogo e historiador

La cuadra donde se encontraba nuestra vecindad, estaba en la séptima calle de Mariano Abasolo, entre las de Nicolás Bravo al norte y J. C. Doria al sur.

En la esquina norte se levantaba un edificio de 2 pisos, construido, tal vez, a mediados de los años 30. La parte baja albergó cuando yo era un niño, una de las numerosas carbonerías que había en la ciudad para cubrir los requerimientos de la población, aún ajena a la estufa de petróleo y menos a la de gas. Su dueña, quien atendió el giro, una mujer gruesa y simpática, pertenecía siempre cubierta con el hollín del carbón. Aunque tenía varios hijos, solo 2 de ellos lograron el ascenso social; uno se hizo abogado, mientras que otra, profesora de escuela. Como el barrio estaba muy cercano a los centros de educación media e intermedia, los estudiantes que provenían de poblaciones aledañas solían alquilar algún cartucho en el barrio y, entre tantas travesuras, bautizaron a la humilde carbonera como «La piznada», y peor les fue a sus hijos. En el mismo edificio estaba la miscelánea «La rosa». Su propietaria era una señora a la que se le conocía como «La güera» por el exagerado teñido de su cabello, de sus parpados, y de sus labios. Ella era una persona muy apreciada por su amabilidad y su permanente buen humor, además de que a sus clientes de confianza solía fiarles durante una crisis monetaria.

En su tiendita era posible encontrar desde un estropajo de ixtle, candelas de parafina o de cebo, hasta bombillas eléctricas, sardinas, camarones y chiles jalapeños enlatados, así como sopas de pasta y café a granel, envueltos en papel de estraza, lo mismo que sal, azúcar, canela y piloncillo. No faltaban coloridos caramelos, pirulís, peritas de anís y de menta, barrilitos, panalitos, mazapanes envueltos en papel estaño delicadamente decorados con figuras que los menores coleccionábamos e intercambiamos, como «los oritos», y dulces artesanales como charamuscas y trompadas, macarroncitos de leche, botellitas de azúcar, a la vez que se podían adquirir pastillas de «mejorar», «cafi aspirina», sal de uvas picor, cajitas de mentolato y bolsitas con hierbas para preparar té.

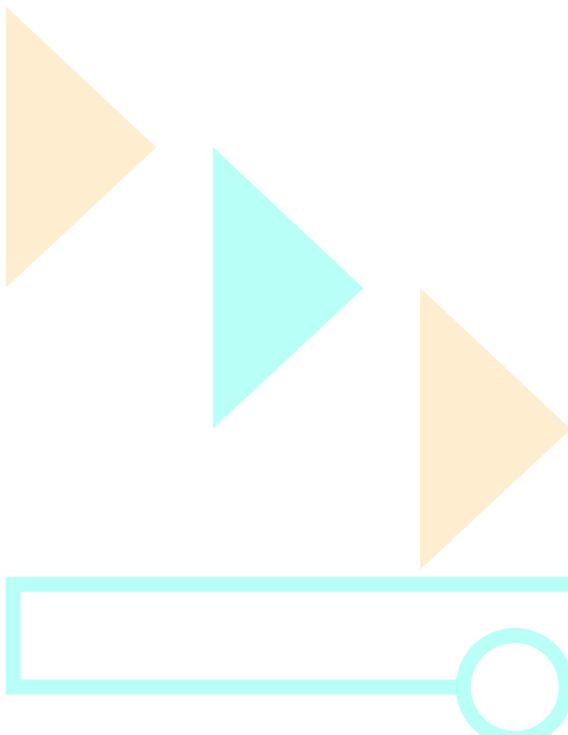
Una tiendita de esa época no funcionaba sin un «refrigerador», en realidad un depósito de lamina dotado de un desagüe, una tapadera de bisagra, un destapador y un deposito para las corcholatas. Ahí, eran enfriadas las bebidas gaseosas al colocar, encima de ellas, un gran bloque de hielo para enseguida despedazarlo con picahielos y distribuirlo entre las botellas.

Otra diferencia de mi tienda de mi barrio, era la que contaba con un aparato telefónico que podía ser utilizado mediante el pago de 20 centavos por llamada. Para usarlo, había que descolgar la pieza que contenía el auricular y la bocina y esperar a que la operadora solicitara el número al que se deseaba hablar.

A mediados de los 50, «La rosa» fue traspasada a una señora obesa y de mala apariencia, quien instaló ahí, de manera descarada, una «Casa de citas», a pesar de que las oficinas estatales de salubridad y asistencia, se encontraran entonces, en la calle de Nicolás Bravo, es decir, a la vuelta de la esquina.

Como era de esperarse, sus clientes asiduos y consentidos, fueron precisamente los dignatarios de tal dependencia.

A unos metros de nuestro zaguán, había instalado hacia quien sabe cuantos años, Don Guillermo Castelán, un pequeño taller de zapatería, anunciado por un cartel que decía a la letra:



Aquí su calzado viejo lo dejo nuevo.

El cartel había sido manuscrito por Don Guillermo sobre una lámina, que cuando yo la conocí, lucía desteñida, oxidada y fijada a un palo de escoba para exhibirlo y retirarlo a voluntad.

En realidad el dueño del negocio, lo había instalado en la misma accesoria donde vivía con su familia, 8 personas en total, en un cartucho de reducidas proporciones.

Por eso, el maestro remendón fabrico una escultura de madera y manta con la intención de dividir el taller de la habitación donde se tomaban los alimentos y se dormían. Del lado del taller la estructura parecía estar reforzada con cajas de zapatos vacías, mientras que el espacio para pasar al interior, estaba cubierto por 2 cortinas de tela que, para evitar que las levantara el viento, tenían colgadas en los extremos inferiores unas viejas tapas de hule.

Don Guillermo era un hombre afable que todo el día lo pasaba charlando y reparando todo tipo de calzado de manera artesanal, odiaba tener que llevar los encargos de «Suelas corridas» al banco mecánico, pero sobre todo cambiando tapas, acción que muchas veces era urgentes para el cliente. En ese aso el señor Castelán invitaba a el cliente a tomar asiento la pequeña y desvencijada silla situada delante de una de las hojas de la puerta pegada a la calle.

Por otro lado tenia mucha afinidad por los jóvenes estudiantes que le encargaban sus bicicletas mientras asistían a sus clases, situándola frente a la puerta del taller, o sencillamente iban a pasar el rato en tanto llegara la hora de la siguiente clase. En ocasiones, cuando se reunían varios estudiantes, los conminaba a organizar una botanita.

•••••
• *-Yo pongo el plato, los palillos y un limón, ustedes coopérense para la* •
• *lata de camarones.* •
•••••

La botana era un éxito sobretodo para el, por que solo a el, se le permitía ensartar más de un camaroncito en su palillo, en cada ocasión.

Aunque solía fabricar calzado a la medida a personas acaudaladas, su gran orgullo era ser el quien le fabricaba el Dr. Lamberto Lagarbe, celebre medico lugareño, de quien decía haber sido compañero de la escuela, un complicado zapato que se adaptara a la lesión que el galero tenia en una de sus extremidades inferiores.

De su numerosa prole, solo Jaime logro hacerse médico, mientras que sus dos hijas se formaron como profesoras, no obstante algunos de los estudiantes que ahí llegaron alguna vez, se hicieron también profesionistas y aun hoy, el recuerdo de este humilde remendón, sigue presente atravez y consejos que, solo en el taller del señor Castelán, disfrutamos y escuchamos.



Biografía

Nació en la ciudad de Pachuca, la última noche de 1941. Realizó sus estudios elementales en la escuela particular Julián Villagrán, los secundarios y preparatorianos en el viejo Instituto Científico y Literario. En 1959 se matriculó en la Escuela de Medicina de ese plantel; en 1963 se inscribió en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); concluyó la carrera de médico cirujano en 1969. Se formó como anestesiólogo en el Hospital Español de México en 1973 y de inmediato realizó la residencia de analgesia obstétrica; al año siguiente ingresó al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) como médico especialista. En 1985, con motivo de los terremotos de ese año, solicitó su reubicación en su ciudad natal, hasta su jubilación profesional en 1994. Aquí se desempeñó como encargado del servicio de anestesia en el Hospital del IMSS; además, empezó a ejercer como profesor de apreciación estética en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Fue presidente de la Sociedad Hidalguense de Anestesia. En 1996 se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde se tituló como licenciado en historia, en 2004, con la tesis *La anestesia y la medicina mexicanas durante el siglo XIX*; ese mismo año inició estudios de maestría en historia de México en la División de Estudios de Posgrado de la FFL - U N A M. En la actualidad, tesis de maestría, dedicada al estudio histórico de la cirugía abdominal en México. A lo largo de los últimos 10 años ha realizado más de un centenar de acuarelas del Reloj Monumental de Pachuca, algunas de las cuales se encuentran en Inglaterra, España y Canadá. Muere en la ciudad de Pachuca en noviembre del año 2013.